

EL ECO DE SANTIAGO

DIARIO DE LA TARDE

Redacción, Administración é Imprenta, Rúa Nueva 13 pral. y bajos. Teléfono num. 2.

Publicidad
Línea en 8.ª pag. 0,10—Sección local 0,50
Comunicados y reclamos á precios convencio-
nales. Por ley de 1896 cada anuncio pagará
10 cént. por impuesto del timbre.

Año XII

Viernes 14 de Agosto de 1908

Núm. 3.835

Un amor en las estrellas

El pobre Iván no era feliz. Era joven, guapo, rico, con una salud de bronce y con gusto exquisito para la vida; los hombres le querían con locura y las mujeres con adoración. Ya se ve: siendo como era no había más remedio que quererlo. El pobre Iván procuraba gozar y divertirse; pero así y todo no era feliz. Todo lo contrario: era profundamente desgraciado. Y el caso era que nadie lo creía. ¿Qué le pasaba á Iván? Lo mejor y lo peor que podía sucederle: Iván estaba enamorado, locamente enamorado.

El amor de Iván era, grande, inmenso, casi infinito; pero el amor de Iván era un amor imposible. Jamás conseguiría el objeto de su amor. Harto convencido estaba de esto, y por esa razón era tan profundamente desgraciado.

A quiebra, pues, amaba Iván? Iván amaba una estrella. Pero no creáis que se trataba de una estrella de Circo, ni siquiera de una estrella de Opera, no. Esas son estrellas contrahechas; y la estrella que Iván amaba era una estrella... Iba á decir de carne y hueso; era una estrella real y verdadera que vivía... ¡Vaya V. á saber á cuantos millones de leguas! Decidme ahora si no tenía razón para ser desgraciado.

Todas las noches las pasaba el pobre Iván en una galería de cristales con los ojos fijos en su estrella que parpadeaba allá arriba, lejos muy lejos ¡que ojos Dios mío, para los deseos de un amante! sobre el fondo oscuro del cielo, y seguramente sin pensar un solo momento en su pobre enamorado. De pechos unas veces en la baranda, sentado otras en una mecedora, pero mirando siempre para su imposible ideal dejaba que corriese las horas, sin conciencia del tiempo, ni de sí mismo, hasta que la aurora esparciendo por el espacio su manto de luz hacia que poco á poco fuesen palideciendo las estrellas hasta apagarse por completo. Y la de Iván desaparecía con ellas; y entonces el pobre Iván dejaba su observatorio, y se iba á sonar con su amor imposible.

Cuando el cielo se encapotaba y las nubes impedían que las miradas llegasen á las estrellas no por eso dejaba Iván de estar en su puesto. Con los ojos fijos en un punto del espacio se complacía en ver con el alma á su bien-amada, forjándose en su mente quimeras, y fantasías inacabables. Unas veces soñaba una mujer, cuya veste eran las nubes que se desenvolvían por el espacio, tenue, vaporosa que le cenía con sus incontables pliegues, mientras veía en la frente de aquella beldad inefable su estrella que le miraba con ternura que no era de este mundo. Otras, se le aparecía con ropaje de luz, que dibujaba vagamente sus formas incomparables, aquellas formas moribundas y deneadas que le llevaba clavadas en el alma. Y á todo esto sentía, sí, sentía sobre sí mismo aquella su mirada que lo trastornaba y lo encendía en pasión irresistible. Porque el pobre Iván estaba convencido, segurísimo de que su estrella le miraba; y veía sus ojos medio velados por párpados lacriminos y suaves como pétalos de rosa que le enviaban promesas de amor infinito, —tan infinito como imposible— promesas envueltas en una sonrisa indefinible que brotaba de una boca mas indefinible todavía...

Y á todo esto no creáis que Iván estaba loco. Se daba cuenta clara y completa de su insensata pasión y hacia esfuerzos heroicos por arrancarse á del pecho; pero todo en vano. Aquello era mas fuerte que su voluntad. Y eso que su voluntad no tenía nada de débil: había triunfado de las aduaciones de los hombres y de las seducciones de las mujeres. Un poco misantropo, filosofo á su manera, desengañado del mundo en cuanto á sensiblerías é idealismos se había refugiado en su propio corazón en el cual tenía

fé ciega, y véase ahora por donde su propio corazón le hacía traición enamorándose de aquella locura.

Pasaba algunas veces noches horribles: atormento de su amor se unía el tormento de sus celos. ¡Celos! ¿De quién? me diréis. El pobre Iván, sin ser un sabio, sabía bastante. Habría leído mucho y tenía sobre muchas cosas formada su opinión. Así por ejemplo creía en la posibilidad de que los astros estuviesen habitados; y hasta le parecía que eso era lo más natural y razonable. Pues bien: cuando esto se le ocurría sentía unos celos feroces de los habitantes de su estrella, de aquellos seres desconocidos que, mientras él se moría de amor en la tierra, estaban á su lado, la hollaban con sus plantas y vivían con ella. Y el pobre Iván se sentía desfallecer y lloraba de rabia; y se desesperaba de aquellos sentimientos que él se consideraba estúpido, pero de los cuales no podía librarse á ningún precio. Vamos; convenid conmigo en que era digno de lástima.

Tanto lo era que aquella obsesión llegó á ser la causa de su muerte. Poco á poco sin enfermedad aparente empezó á languidecer como si la vida se le escapase por mil ignorados resquicios; perdió todas sus energías; y postrado, enfermo sin saber de qué, parecía un cadáver viviente. El día que le habían robado la mitad de su alma. Hasta que al fin murió Iván apagándose como lámpara que agoniza consumido por aquel amor imposible, ultrahumano y ultraterreno.

JUAN BARCIA CABALLERO.

La abuelita

Todos dicen al verla: «Es una santa!»
Y en su mirada limpida fulgura
la intensa claridad de una alma pura
que asomada á los ojos ríe y canta

El suave timbre de su voz encanta,
y al mágico poder de su dulzura
se disipa del alma la amargura,
se detiene el sollozo en la garganta...

¡Pero ya no está aquí la blanca abuela!
Nos dejó por gozar eternamente
del que todo lo alivia y lo consuela.

Y me parece ver cuán dulcemente
posa Jesús, que por los suyos vela
un ósculo de amor sobre su frente.

VICTOR ALBERTO DELGADO.

NOTAS DE UN CURIOSO

La miseria en Londres

Un periodista francés, que recientemente ha hecho una visita á Londres, ha dicho en una información que los recursos económicos de Inglaterra son bastante inferiores á lo que realmente se cree.

Cita como ejemplo que corroboran sus afirmaciones, el hecho de que para constituir una Sociedad franco-inglesa, con un capital de 100.000 francos, la mitad de éste se cubrió en París en diez días, siendo vana empresa colocar los 50.000 francos que se habían asignado al capital inglés.

La estadística de los pobres en Inglaterra y en Londres es otro argumento esgrimido en favor de su aserto.

Esta estadística demuestra, á su juicio, que de treinta años á esta parte la pobreza aumenta en la Gran Bretaña.

En el mes de Abril de 1907 habia registrados en Inglaterra 770.603 pobres, y en Abril del presente año la cifra es de 792.913. En un año el aumento ha sido de 22.310.

En Londres, las cifras son más tristes. En 1907 fueron recibidos en asilos 117.849 indigentes; en el año actual esa cifra ha aumentado hasta 123.103. Cuatro mil mancebos importunan constantemente al transeúnte en las calles de Londres, sin que se les pueda recluir; 1.925 han sido recogidos por los policemen, y 1.500 condenados á penas que varían entre una semana y tres meses de arresto.

Se calcula que las limosnas recogidas por estos mendicantes ascienden á 7.500.000 francos; las obras de caridad y de beneficencia aumentan en Londres; las gentes ricas patrocinan todo género de empresas benéficas, y, sin embargo, la indigencia aumenta de día en día.

La destrucción del "Zappellín"

De locas alegrías y hondas y justas satisfacciones, Alemania ha pasado rápidamente, en el corto espacio de unos minutos, á pesares y tristezas que acallaron repentinamente, con férrea energía, los gritos de entusiasmo y de triunfo que resonaban como insuperables en todo el imperio germánico: el «Zappellín», el IV dirigible de este nombre, el magnífico crucero aéreo, destinado á la defensa de los estados confederados de Europa, tras de un raid hermoso, triunfal y recorriendo no alcanzado por ningún otro hasta ahora, se ve inespérada y bruscamente destruido y convertido en cenizas.

Un viento huracanado lo arreñó de sus amarras y le hizo correr la misma suerte que al «Patrie», el dirigible francés que tantos celos produjo al imperio alemán.

Esta semejanza entre la pérdida del «Patrie» y la pérdida del «Zappellín»,

hace pensar que ha de ser muy grande el número de víctimas que ha de costar la navegación aérea en gl. los dirigibles, y que por muy notables que sean las perfecciones de estos, nada conseguirá el hombre para oponerse á los demones de los vientos huracanados, por los que siempre será vencido.



El dirigible «Zappellín», sobre el lago Konstanz, al emprender su último viaje. He aquí como refiere la prensa de Berlín los pormenores del viaje del «Zappellín»: un poco antes de las siete de la mañana y con tiempo magnífico y un cielo despejado, el dirigible abandona magestoso su caseton del lago Konstanz y toma la ruta del oeste, hacia el valle del Rin, para evitar el viaje sobre el mar de la selva Negra. A las siete pasa sobre Konstanz; á las nueve y treinta corta el zenit de Bode; á las once se halla sobre Vieux Buis; á las once y cuarenta y tres de vista á Strassburgo, donde evoluciona sin dificultad alguna, habiendo sido saludado con salvas de cañón y repique de campanas. Está sobre Mannheim á las dos y cuarenta, y á las tres y treinta llega á Maguncia, término de su viaje anterior.

Esta noticia electriza á los berlineses, que celebran el triunfo del «Zappellín» como un acontecimiento nacional.

Habia recorrido 400 kilómetros marchando á una velocidad de 55 kilómetros casi siempre y sin que ni un solo momento dejara de obedecer docilmente á los deseos de su inventor.

Después sobre una pequeña avería, y llegada la noche ocurre la catástrofe.

Las profesoras de labores de las Normales

Por real orden del ministerio de Ins-

trucción pública se ha dispuesto que los ejercicios de las oposiciones á plazas de profesoras de labores de las Escuelas Normales de maestras se verifiquen con sujeción á las siguientes reglas:

Las asignaturas para formar el cuestionario serán: Pedagogía, Historia de Pedagogía é Historia general y particularmente del traje y del mobiliario.

El segundo ejercicio consistirá en la lectura y análisis literario en alta voz de un trozo de un libro clásico.

Dos jueces, por lo menos, harán á la opositora las observaciones que estimen pertinentes.

El tercer ejercicio comprenderá la lectura y traducción del francés.

El cuarto ejercicio en hacer un dibujo de adorno á pinto en la forma y manera que determine el tribunal.

El quinto, solamente práctico, comprenderá las siguientes:

- I. Corte y hechura de prendas:—Medidas, dibujo de patrones, corte de patrones, corte de la prenda, hilvan de la misma cosida de un trozo y prendas de uso común.—II. Costura.—Ejercicio de conjunto en que se puean ensayar gran variedad de Puntos. Pegado de botones y hechura de ejes, Remates, etc., etc. Todo lo usual y de caracter práctico. Remiendos en ropa blanca y de color. Zurcidos en fiem. Marcas. Costuras en máquina.—III. Punto de agujas largas.—Puntos de media en diferentes formas y aplicaciones usuales. Crochet idem, idem. Malla.—IV. Labores de adorno.—Adornar una prenda de ropa. Punto de costura de fantasía. Bordado en blanco. Adorno con el punto de cruzeta. Item con el crochet y punto de media frípólité. Bordado en malla, cañamazo o lapería.
 - V. Sobrepuostos. Calados y deshilados. En aja. Todo esto se exigirá con moderación, atendiendo tanto a la habilidad como al buen gusto.—VI. Clasificación por medio de laminas del vestido y labores que con él se relacionan, y descripción del traje de la mujer en las diferentes épocas de la Historia. Aplicación especial de este ejercicio á los tejidos, encajes, adornos de aguja y demás industrias artísticas relacionadas con el vestido.
- Todas las opositoras practicarán el mismo ejercicio á la vez delante de todo el Tribunal.
- Siempre que la índole del ejercicio lo consienta se escogerán trabajos de conjunto en que puedan probarse muchas cosas al mismo tiempo. Del propio modo se propondrán prendas de uso común.
- Si el Tribunal consintiese que cada una de las partes de este ejercicio exceda del tiempo prudencial que en ellas debe emplearse, se sortearían uno ó dos puntos de cada una, pero resultando siempre el número total de partes.

Y el individuo, que como nuestros lectores habrán comprendido era Isidoro Bassier, le entregó un documento diciéndole:

—De hoy en adelante os llamaréis Hipólito Coquete; no tendreis necesidad de alterar las marcas de vuestra ropa pues iniciales son las mismas, Clemente Herquin, Coquete Hipólito, una C y una H. No podéis figuraros cuán agradable va á ser el trabajo que os reservamos; debéis adquirir noticias por medio de las mujeres: ¿Estais decidido?

—Sí, subamos.

Los dos hombre desaparecieron en la casita de la calle del Ródano.

—Ya nos veremos las caras.

Y acto continuo desapareció con sus acólitos, en medio de la mas espantosa rechifla.

El joven, que deseaba alejarse cuanto antes, condujo á su amiga hacia la calle de Merciere, dejando á los curiosos llenos de sorpresa.

—¡Pobre Eva!—decía,—yo soy la causa de todo esto.

—Marcelo amigo mio, no puedo dar un paso. Detengámonos.

—Seguidme y no tengais miedo.

—Marcelo, las fuerzas me abandonan, sostenedme.

Al pronunciar estas palabras, la joven se sintió desfallecer. Marcelo, cogiéndola en sus brazos, la mantuvo en pie, y no queriendo ser visto, se dirigió hacia la calle Duvois. Al llegar ella encontró abierto un portazo que conducía de un corredor negro como un abismo, en el que entro con Eva. Allí al abrigo de los curiosos, sentó á su amiga sobre unas gradas; entonces sacó una caja de fósforos, iluminó aquel recinto y vió que se hallaba en una casa abandonada, que indudablemente estaba destinada á ser demolida en breve. En el fondo aparecía una antigua escalera, y á la izquierda se via la entrada de un patio, en cuyo centro habia una bomba.

Acompañó á la joven á la escalera, se dirigió después al patio, sumergió su pañuelo en el agua y volviendo al lado de la mujer á quien habia acompañado, le mojó las sienes.

—¿Estas mejor Eva?—le dijo.

Al cabo de algunos minutos, la joven recobró sus sentidos y trato de reconocer el sitio donde se hallaba.

—No temais nada,—exclamó Marcelo,—cuando esteis completamente repuesta, saldremos. Los agente son por lo común muy groseros, y al veros sola, se han equivocado.,

—53—

—53—

